

### CAPITULO III

Salida de Santa Marta.—Principia la navegación por el Magdalena.—El bote.—Los mosquitos.—Los bogas.—La Ciénaga.—Aspectos del paisaje.—Pueblo Viejo.—Pesca sin pescadores.—Pueblo Nuevo.—Barranca.—Barranquilla.—Tenerife — La cocina a bordo.—Una damajuana de vinagre.

Quienes hayan desembarcado en Santa Marta con la intención de ir a Bogotá, tienen necesariamente que emprender otra nueva navegación; en la actualidad las piraguas les llevan en treinta y seis o en cuarenta horas, cinco o seis por mar y el resto a través de la Ciénaga (1) hasta Barranquilla, ciudad situada en la orilla izquierda de uno de los brazos del Magdalena, de donde zarpan los vapores que suben este río en nueve o diez días hasta Honda, terminal del viaje por agua. Pero en 1828, época en que llegué a Colombia, los medios de transporte eran mucho más lentos, más incómodos y sobre todo mucho más fatigantes y peligrosos que hoy. A pesar de que un alemán de nombre Elbers ya hubiera traído desde hacía dos años de los Estados Unidos, al amparo de una exclusiva, dos barcos de vapor para la navegación por el Magdalena, esos barcos tenían unas dimensiones tan grandes y un calado tan considerable que cuando el río venía muy crecido y con gran corriente les costaba mucho trabajo subir contra la corriente y eso a no mayor velocidad que las embarcaciones corrientes del país, y cuando el nivel de las aguas era bajo nunca andaban, ni cuando descienden el curso del río, sin encallar con frecuencia quedando a veces en

(1) Las llamadas ciénagas son inmensas lagunas fangosas que tienen una extensión de 10 a 20 leguas, en medio de espesas selvas a través de las cuales, las aguas del Magdalena se dividen en varios brazos que desembocan en el Océano Atlántico entre Santa Marta y Cartagena.

esa situación durante semanas enteras hasta que una crecida viniera a ponerlas a flote. En una palabra era un servicio paralizado o mejor dicho un servicio fracasado desde un principio, tanto para los viajeros como para el contratista, que además no tardó en quebrar.

Los señores Daste y Vincendon, no pudiendo contar con semejante servicio, fletaron un *bote*, especie de gran barca con puente, parecida a una goleta pequeña, para el transporte de sus mercancías hasta Mompox, ciudad situada en las orillas del Magdalena a unas cincuenta o sesenta leguas aguas arriba de Barranquilla.

Después de haber estado en Santa Marta diez y ocho días salimos el 7 de noviembre por la tarde sintiendo haber tenido que separarnos de nuestro excelente compañero el señor Vivero, que para ir a Quito tenía que seguir la ruta del Istmo de Panamá.

Nuestro barco costeano llegó al cabo de 8 o 9 horas de navegación a la desembocadura del Magdalena donde echó el ancla para pasar la noche. A bordo íbamos 9 pasajeros, a saber: los señores Daste, Vincendon, Umaña, yo y los cinco obreros venidos de Francia con nosotros. Para guarecernos sólo disponíamos de un espacio de 8 a 10 pies de ancho por 14 o 15 de largo, en un camarote del entrepuente, situado debajo de una toldilla muy baja; para entrar a ella teníamos que pasar a gatas por una de las dos aberturas que había a proa y a popa que servían a la vez de puertas y ventanas. Como en aquella especie de tumba no había bancos ni mesa, tuvimos que disponer nuestros baúles de modo que nos sirvieran de asientos durante el día y de camas durante la noche; pero cuando estábamos acostados, los unos tendidos a lo largo y los otros al través, unas veces las cabezas estaban rodeadas de pies y otras las piernas estaban entrecruzadas. A las incomodidades y molestias que resultaban de ese entretejimiento venían a añadirse otros sufrimientos mucho más penosos: en primer lugar el calor, concentrado en este recinto como bajo una campana de cristal, nos hacía sudar, hasta en los momentos de absoluta inmovilidad, a chorros; después, los mosquitos que en cantidades prodigiosas se nos pegaban al cuerpo poniéndonos en un estado lamentable, sin dejarnos un momento de descanso; desde luego de todos los

tormentos, éste de los mosquitos era con mucho el más insoportable, sobre todo a la hora de comer, en cuanto las manos dejaban de estar exclusivamente ocupadas en defendernos de sus acometidas. Con excepción de los obreros, todos estábamos provistos de mosquiteros pero no podíamos servirnos de ellos a bordo por falta de espacio; por lo tanto para preservarnos en cuanto fuese posible de las picaduras durante la noche no teníamos más remedio que, a riesgo de ahogarnos, taparnos la cabeza, ponernos guantes fuertes y calzarnos botas altas. Pero a pesar de estas precauciones a cada paso nos despertaban los aguijonazos que esos malditos mosquitos encontraban manera de darnos en todas aquellas partes del cuerpo en que las ropas estaban pegadas a la carne. Entre las diversas especies de esos despiadados chupadores de sangre hay varias que no parecen diferenciarse mucho por su forma de los conocidos en Francia con el nombre de cini-fes; pero hay dos de especie muy particular que son más acometedoras y temibles, no sólo por la comezón que ocasionan sus picaduras sino por las inflamaciones que producen y que desaparecen muy lentamente. La primera es la del enorme **zancudo**, que está armado de un aguijón de cerca de un centímetro de largo y que para clavarlo más profundamente en la carne, se levanta con fuerza sobre las dos patas traseras; la otra es la de los **jejenes**, animalito que a pesar de su escaso tamaño es un gran chupador de sangre, cuya boca opera como si fuese una ventosa y deja bajo la piel una mancha de sangre que al coagularse toma la apariencia de una lenteja o de una peca que tarda en desaparecer varias semanas.

El día 8 al despuntar el alba nos dirigimos hacia el brazo del Magdalena frente al que habíamos anclado la noche anterior, pero que desde el lugar en donde estábamos sólo el ojo experimentado de los marineros podía distinguirlo en medio de la cortina de grandes árboles que cerraba el horizonte. Al aproximarnos tuvimos que navegar de bolina durante algún tiempo por entre inmensos bancos de arena; la mayor parte de ellos estaban cubiertos, hasta donde la vista alcanzaba, de bandadas numerosísimas de patos silvestres o de otras aves acuáticas que parecían hileras de rocas o de guijos. Pasados esos bancos de arena y antes de

penetrar en la Ciénaga, nos detuvimos para que la tripulación almorzara y después quitara no sólo las velas sino los palos del bote dejando en esa forma el puente libre para poder recorrerlo sin dificultad con objeto de hacer andar el buque de ahora en adelante con ayuda de largas pertigas apoyadas en el fondo, único medio de navegar contra la corriente y en poca agua por los meandros del río cubiertos de árboles.

Los bateleros que teníamos a bordo eran trece con el patrón que a la vez hacía de piloto; pertenecían a esa clase de gentes que en el país se llaman *bogas* y que se reclutan entre los negros, los mulatos y los indios de sangre mezclada. Antes de empezar el trabajo penosísimo a que se iban a entregar, nuestros hombres, como suelen hacerlo en casos semejantes en cuanto no están a la vista de las ciudades, se despojaron de todas las prendas de vestir no conservando más que un calzoncillo corto, unos, y otros unos trapos alrededor de la cintura; lo único que conservaron todos para protegerse del sol fue un gran chambergo de paja de copa muy alta; con esta vestimenta más o menos paradisiaca, casi todos ellos hombres jóvenes, se distinguían por sus formas atléticas y por su aspecto imponente, debido a su aire arrogante y a las hermosas proporciones de sus miembros. Cuando el patrón dio la señal de emprender la marcha se alinearon seis a cada lado de la proa de la embarcación y, después de haber hundido sus pertigas en el agua y apoyado el otro extremo de las mismas contra el hombro, empujaron haciendo avanzar el barco con sus esfuerzos al andar con cadencia por el puente, acompañando esa especie de danza con gritos ensordecedores mezclados con tantas blasfemias como invocaciones a la Virgen.

Al contemplarlos con los torsos inclinados hasta la altura de las rodillas se hubieran podido tomar por bestias de carga que tirasen de la soga para arrastrar pesados fardos. No hay que pensar que después de hecho el primer esfuerzo el trabajo de esos desgraciados se aminora ya que sólo por el esfuerzo continuado y el continuo avanzar de ellos sobre el puente es como se puede contener y hacer avanzar la embarcación contra la corriente; la única ventaja que tienen con-

siste en que a partir de ese momento, por la rotación que establecen, es sólo la mitad de la tripulación la que empuja con las pértigas mientras la otra mitad vuelve sobre sus pasos para tomar su puesto en el movimiento de propulsión del barco. Estas maniobras, cuando la tripulación las realiza concienzudamente duran desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, sin más interrupción que la obligada durante los ratos dedicados al almuerzo y a la comida. Desde luego, un europeo por robusto que sea y por acostumbrado que esté a las más rudas faenas no podría bajo este sol de fuego de los trópicos soportar un solo día las fatigas de semejante oficio y por de contado las gentes del país que voluntariamente se dedican a él no alcanzan más que en casos contados una edad avanzada, pues estos trabajos unidos a la vida desordenada que llevan, suelen tener por consecuencia inevitable una serie de dolorosas enfermedades y prematuras incapacidades para el trabajo. En muchos de ellos, al cabo de cierto tiempo, la piel, calcinada por los rayos del sol, se les pone rugosa como la de los elefantes, se les inflaman o se les entumescen las piernas por el constante ir y venir por el suelo abrasado del puente y todos acaban por tener, a consecuencia de las llagas que se hacen, enormes callosidades en ambos lados del pecho por encima de la región mamilar que es donde apoyan el extremo superior de las pértigas. Hasta cierto punto se podría concebir que la profesión de *boga* la escogiesen únicamente cierta clase de gentes rudas que no tuviesen más que aptitudes para ser cargadores, si por lo menos encontraran en elevados salarios una compensación por el quebranto prematuro de su salud y recursos para la vejez, pero lo que ganan no está ni mucho menos en proporción con el trabajo agotador que realizan, pues el jornal en la moneda del país equivale a un franco diario, a más de la alimentación que se reduce a carne ahumada, arroz, plátanos y algunas otras cosas por el estilo igualmente ordinarias.

El fletador de esas barcas se entiende con el patrón para la compra de los víveres, según el número de bogas que integran la tripulación, que suele ser de un hombre por cada cinco cargas, es decir, por diez bultos puestos a bordo y entregar a cada uno de ellos a título de anticipo la mitad del sa-

larlo convenido por la totalidad del viaje, anticipo que se exige bajo el pretexto de dejarlo a la familia. Aunque a título de precaución ese anticipo en dinero no se suele entregar más que la víspera de la salida o en las últimas horas que preceden a la marcha, sucede con mucha frecuencia que del número de bogas contratados hay algunos que no se presentan a bordo y que después de haberse gastado el dinero se escapan y se esconden, siendo necesario sustituirlos haciendo nuevos gastos además de la contrariedad inherente al retraso; en muchas ocasiones cuando a fuerza de habilidad y de molestias se ha logrado por fin reunir a bordo a todos los bogas, algunos de éstos están en tal estado de embriaguez que no pueden mantenerse de pie y entonces sus compañeros se niegan a emprender la marcha hasta que aquéllos estén en estado de trabajar, para evitarse y con razón el aumento de trabajo que ello implicaría; finalmente una vez en marcha los viajeros pueden estimarse dichosos si, antes de llegar a su destino, no tienen que deplorar que otras borracheras den lugar a deserciones cuando a la caída de la tarde el barco se detiene en los pueblos o en alguna región habitada. A estas molestias accidentales que acabo de enumerar hay que añadir otra constante que es la que se deriva de tener que vivir la mayor parte del día en un espacio tan reducido en medio de esas gentes, que en su desconocimiento de lo que nosotros llamamos el pudor no se recatan lo más mínimo para proferir los dichos más soeces y satisfacer las necesidades físicas en presencia y hasta al lado de uno, sin que las observaciones y las amenazas les hagan modificar sus costumbres.

A pesar de la salvajez y del embrutecimiento de los bogas y del mal trato que algunos viajeros irritados les dan con frecuencia, no he oído decir que aprovechando de su superioridad numérica y de las ocasiones que podrían encontrar a favor del aislamiento de las regiones desiertas donde se viaja, se atrevan contra aquéllos, o hayan atentado contra sus vidas, bien por venganza o para robarles; pero una de las represalias de que suelen usar contra los pasajeros es la de abandonarles por la noche en las embarcaciones, creándoles de ese modo una de las situaciones más graves que puedan presentarse en el viaje. A decir verdad, los bogas son

más brutos que malos o codiciosos; y lo que demuestra que merecen que se tenga en ellos alguna confianza es que los negociantes no temen en modo alguno confiar el transporte de las mercaderías, cualquiera que sea su valor, a estos bateleros sin más garantía que un recibo expedido por el patrón. El viajero que sepa dominarse para no maltratarlos y sobre todo, como lo sé por experiencia, si de vez en cuando les da alguna propina y si lleva consigo bastante cantidad de cigarros y de aguardiente para distribuir entre ellos después de las comidas y muy principalmente después del trabajo de la jornada, se evitará muchas tribulaciones.

En cuanto nuestros bogas empezaron a empujar hacia adelante la embarcación, navegamos durante varias horas por una especie de canal trazado por la naturaleza, unas veces en línea recta, otras serpenteando a través de las cañas y bajo la espesa bóveda que formaba el follaje de los mangles de troncos muy irregulares que se alzan sobre innumerables raíces y de una multitud de otros grandes árboles cuyos nombres desconozco, pero cuyos troncos, follaje, flores y frutos se confundían en un entrelazamiento increíble, aumentado todavía más por las ligaduras de los bejucos gigantes que enguirnaldaban aquel conjunto y caían hacia el suelo después, formando largos festones.

Las aguas limosas y corrompidas que hendíamos con dificultad, desaparecían en algunos sitios bajo enormes capas de hojas y de nenúfares, nelumbos y otras plantas acuáticas, de las cuales a medida que nuestra embarcación se iba abriendo paso, se exalaba un olor fétido y se levantaban rubes de mosquitos que, al unirse con redoblada ferocidad a los que ya estaban dentro del entrepuente, nos hacían pagar cara la perturbación que habíamos llevado a su tranquilidad.

Una gran cantidad de animales vivía en esa extraña y salvaje soledad que atravesábamos o interrumpía por intervalos el silencio que reinaba, con sus gritos roncOS o penetrantes; muchos de ellos nos ofrecían el espectáculo de escenas tan variadas como animadas: aquí los aras, los papagayos de color rojo verde y azul u otros pájaros con plumas de colores brillantes, se encaramaban, saltaban o revoloteaban en las copas de los árboles o surcaban el aire con su vue-

lo raudos; allá las bandadas de monos descarados gesticuladores saltaban de rama en rama, brincaban o se columpiaban en las guirnaldas que formaban los bejucos como si fueran trapecios o corrían en fila cogidos por la cola; unas veces eran las ardillas que, lo mismo que en nuestros espesos bosques, con una agilidad igual a la de los monos saltaban y trepaban por todas partes; otras eran las iguanas, saurios de carne delicada, que se arrastraban o permanecían inmóviles bajo la maleza; ora los horribles caimanes que aparecían echados en las orillas con las bocas abiertas o que se movían en el cieno semejando troncos de árboles; ora las serpientes cuya presencia denunciaban los surcos que dejaban en el fango o a través de la hojarasca o que sujetándose por la cola en las extremidades de las ramas de los árboles, se dejaban colgar cabeza abajo en espera de la ocasión propicia para lanzarse sobre su presa; aquí y allá las tortugas, que se movían torpemente, los buitres, que despedazaban los animales muertos, los patos con plumaje metálico, las grullas, los flamencos y demás zancudas que se mantenían al borde del agua, inmóviles sobre una pata, acechando para cogerlos a los peces que imprudentemente pasaran a su alcance. No acabaría esta nomenclatura si hubiera de enumerar todos los animales inofensivos o peligrosos que se encuentran a cada paso al atravesar los bosques de la Ciénaga, pero no puedo menos de mencionar una vez más el número infinito de los insectos, aiados en su mayor parte, que revoloteaban y zumbaban por el aire luciendo sus élitros resplandecientes iluminados con las tonalidades del oro, del zafiro y de la esmeralda. En definitiva, todo lo que he tratado de describir, contribuía a dar al panorama que se desarrollaba ante mí, una fisonomía singular que sólo se encuentra más aún que en las otras regiones tropicales en que el calor combinado con lo húmedo de los pantanos constituye la fuente inagotable de una fecundidad sin límites para las grandes especies arbóreas y para el desarrollo de las especies animales.

Hacia las cinco de la tarde desembocamos en un amplísimo claro de forma circular, donde las aguas se extendían como las de un lago plácido, sin otro horizonte que el formado por una nueva cintura de selvas entre cuya masa se destacaban únicamente las casas de una aldea llamada Pue-



blo Viejo adonde nos dirigimos para pasar la noche. Las casas de esta aldea, que estaban hechas exclusivamente de barro y cañas o solamente de cañas, ofrecían tanto dentro como fuera, un aspecto tan lamentable y misero, que nos hizo pensar que no ganaríamos nada con pedir albergue en ellas decidiéndonos a pasar la noche a bordo de nuestro bote, a pesar de todas las incomodidades que en él teníamos que soportar. Pero los bogas, que no sentían la misma repugnancia que nosotros, saltaron todos a tierra para visitar a sus amigos y divertirse con ellos. Como el entablado que constituía la proa del bote y que les estaba exclusivamente reservada lo mismo de día que de noche, quedó disponible con la marcha de los bogas, tres de los cinco obreros que venían con nosotros, movidos por un sentimiento de solidaridad y por creer que tendrían menos calor al aire libre, se instalaron allí para dormir tapándose con una sola manta. Como eran jóvenes (tenían entre veinte y veinticinco años), en seguida se quedaron dormidos y su sueño fue tan profundo que a pesar de los mosquitos no se despertaron sino al amanecer, pero en un estado que inspiraba tanta risa como lástima: la cara, el cuello y las orejas los tenían de tal modo hinchados por las picaduras que la cabeza parecía una manzana cocida; en esa masa informe en la que los ojos casi no podían abrirse, apenas si se distinguían y lo mismo la boca que no podía pronunciar más que sonidos inarticulados; tenían desolladuras que se habían hecho al rascarse mientras dormían o al despertarse. La inflamación sólo cedió al cabo de unos días con las aplicación constante de cataplasmas emolientes. Esta aventura convenció a estos artesanos de que en el país en que se encontraban no se podía, a menos de tener la piel de un caimán, dormir al aire sin tomar por lo menos la precaución de protegerse con un mosquitero, admínculo que antes consideraron superfluo y que se decidieron a comprar en Pueblo Viejo; los señores Daste, Vincendon y yo resolvimos reembolsarles su importe en compensación de las bromas que les habíamos dado.

A la mañana siguiente me enteré con gran contrariedad de que no podíamos seguir el viaje, debido a uno de esos incidentes tan corrientes a que me he referido, es decir a que tres de los bogas que habían ido la noche anterior a Pueblo

Viejo, no habían vuelto a bordo, ya porque hubiesen desertado, ya porque la borrachera que pescaran los tuviera metidos en alguna choza, donde gracias a la convivencia con sus compañeros podrían escapar a todas nuestras pesquisas; en resumidas cuentas que necesitamos dos días para poder reemplazarlos, claro está, a nuestras expensas. En esos dos días de detención forzosa, matamos la mayor parte del tiempo paseando por Pueblo Viejo; todos sus habitantes eran negros, mulatos o indios, únicas razas capaces de vivir en medio de los pantanos de la Ciénaga sin sentir los efectos de las graves enfermedades que con un ambiente abrasador, húmedo y cargado de miasmas deletéreos no tardan en aquejar a los blancos que se aventuran por estos parajes. En efecto los pocos europeos que vi en ellos después de haberse aclimatado poco a poco tenían el rostro macilento, amarillo y parecían como roídos por una fiebre lenta.

Pueblo Viejo tenía en esa época cierta importancia comercial, pues hay un camino que le pone en comunicación por tierra con Santa Marta de la que dista sólo 8 o 9 leguas, y porque sirve además de depósito para las mercancías que esta ciudad recibe o expide por el Magdalena; de modo que esta aldea era una especie de cuartel general de muleros y bateleros que, siempre atareados, recorrían, metiendo bulla, las calles o llenaban las *chicherías*, tabernas del lugar, casi siempre servidas por mujeres. Por la noche los redobles del tamboril o el repiqueteo de las castañuelas acompañaban las danzas más o menos grotescas o decentes, danzas que si nuestros mascadores de tabaco las conocieran les servirían para engrosar su repertorio coreográfico.

Un hecho que nos recordó la pesca milagrosa de los discípulos de Jesucristo, se repetía todas las mañanas ante nuestros ojos: en cuanto salíamos del antro maldito del entrepuente, encontrábamos llena de toda clase de peces todavía vivos una barquita, que a guisa de chinchorro teníamos amarrada al costado del bote y que servía para llevarnos a tierra; el primer día nos pareció cosa de prodigio, tanto más cuanto que estábamos seguros de que en ausencia de los bogas ninguno de nosotros había ido a comprar víveres a Pueblo Viejo ni se había dedicado a la pesca; pero habiéndonos puesto en observación por la noche, no tardamos en tener

la solución del enigma al ver que los peces saltaban ellos solos dentro de la barca al huir de la caza que durante la noche les daban los caimanes y otros enemigos acuáticos, igualmente voraces.

No queriendo salir de Pueblo Viejo sin haber explorado algo de sus alrededores, dos de nuestros compañeros de viaje y yo decidimos una mañana que hacía buen tiempo alquilar unos caballos y dirigirnos hacia la Sierra Nevada por el camino que lleva a Santa Marta. Al cabo de media hora de camino dejamos atrás las selvas y entramos en una llanura que por un lado se extendía hacia el mar y por el otro llegaba hasta el pie de las montañas. Al llegar nos detuvimos para almorzar en un poblado, entonces cabecera de distrito, que se llama San Juan Bautista de la Ciénaga; los huertos y campos cultivados que le rodeaban le daban el aspecto de un oasis en medio de aquella llanura; unas cuantas casas grandes, construidas con piedra, denotaban que la población, aunque compuesta exclusivamente, como la de Pueblo Viejo de gentes de color, tenía sobre ésta el mérito de sentir un poco más la necesidad del bienestar. Ese poblado, cuya situación pintoresca y cuya prosperidad me habían llamado la atención, parece que ha progresado tanto desde aquella época, que hoy se ha convertido en una ciudad de cinco o de seis mil habitantes; no se la designa ahora por su antiguo nombre sino por el de Pueblo Nuevo o por el de Ciénaga sin más aditamento. Los habitantes, sin tener por el lado del mar un puerto que permita la entrada de buques, hacen sin embargo un comercio de cabotaje a lo largo de la costa, tan activo como productivo con sus barcas que entran y salen por las bocanas de las lagunas; a los ingresos que con su comercio obtienen se añaden los que sacan de sus cosechas que les permiten abastecer abundantemente el mercado de Santa Marta de legumbres, frutas, pescado, aves y hasta reses.

Durante el día, no sin gran trabajo, se pudo reunir y congregar a bordo a todos nuestros bogas nuevos y antiguos, a costa de muchas batidas en Pueblo Viejo, para arrancarles de las delicias que les ofrecían las chicherías del pueblo y levamos anclas al atardecer. Una vez franqueada la amplia extensión de agua estancada en que nos habíamos detenido

por espacio de tres días, volvimos a entrar en una serie de canales cenagosos en los que la naturaleza ofrece el mismo aspecto que el descrito anteriormente. En un meandro de uno de esos canales, de pronto nos cortó el camino un objeto que emergía y que presentaba las formas más bizarras, cubierto como estaba de plantas acuáticas, pero al aproximarnos, vimos que era una inmensa caldera que dos meses antes el contratista de los barcos de vapor, señor Elbers, había traído de los Estados Unidos y que encalló juntamente con el barco que la transportaba quedado allí abandonada hasta que un aumento en el nivel del agua permitiese retirarla. Este obstáculo imprevisto nos obligó a retroceder con grave pérdida de tiempo hasta la embocadura de otro brazo de las lagunas, donde no bien llegamos, nos sorprendió la noche obligándonos a detenernos. Al día siguiente 12, a pesar de una navegación ininterrumpida, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde continuábamos metidos dentro de los bosques de la Ciénaga, de los que salimos sólo el día 13, para entrar ya en el brazo principal del Magdalena cuyas aguas se extienden a todo lo que alcanza la vista; nos detuvimos en la orilla que estaba a nuestra izquierda, en las inmediaciones del pueblecillo de Soledad. Durante los días siguientes, hasta el 18, seguimos navegando por el río, sin que hubiera nada digno de mención hasta Barranca y sin que ninguno de los bogas nos hubiese abandonado en ninguno de los pueblos frente a los que habíamos anclado, a saber: Guaymara, Guey, Cerro de Antonio y Pedraza. Sin embargo, desde la salida de Pueblo Viejo las calamidades a bordo de nuestro bote habían aumentado a consecuencia de una enfermedad que, debido a los miasmas pestilentes de la Ciénaga, atacó repentinamente a mi amigo el joven Umaña, el más robusto en apariencia de todos nosotros, que precisamente como todos los hombres pletóricos de salud, era de los que por esa misma constitución, resisten menos los sufrimientos de los climas calientes y húmedos. A pesar del exiguo espacio en donde estábamos hacinados de modo tan molesto, como ya dije antes, tuvimos que estrecharnos más, con el objeto de que el enfermo pudiese disponer del espacio necesario para tenderse en una hamaca en que estuviese más cómodo que encima de los baúles.

Su estado fue empeorando durante ocho días hasta llegar a ser casi desesperado, así que se comprenderá fácilmente lo aflictivo que era el estar viendo constantemente a un moribundo al que había que aplicar sangrías y todo género de remedios y paso en silencio los muchos inconvenientes que significaban en un local que más parecía cueva, en que estábamos encerrados con él día y noche, el tener que prestarle, como si se tratase de un niño, los cuidados más indispensables.

En Barranca pasamos todo el día 19 no sólo para dar algún descanso a los bogas, sino también para estirar un poco las piernas y respirar en tierra por espacio de algunas horas un aire más puro que la atmósfera mefítica de nuestro camaranchón de a bordo.

Barranca era en aquella época un poblado comunicado por tierra con Cartagena, viaje que exigía dos o tres días; servía además de puerto de embarque y desembarque para las mercancías que iban de esta ciudad con destino a las provincias del interior o para las que desde éstas se enviaban a Cartagena. Los transportes entre estos dos puntos se hacían a lomo de mula. El movimiento comercial era tan intenso en Barranca, que varios comisionistas o agentes de casas comerciales se habían establecido allí y en el atracadero había siempre un gran número de barcas tomando o dejando carga.

En la época de la dominación española, el río Magdalena y la ciudad de Cartagena estaban unidos, aguas abajo de Barranca, por una vía de comunicación mejor y menos costosa que la terrestre: esa vía era el canal llamado del Dique y durante mi permanencia allí estaba tan obstruido por el fango y tan lleno de arbustos que en muchos trechos de su curso hasta los indicios de su existencia habían desaparecido totalmente, y tengo motivos para pensar que a pesar de los intentos que se han hecho para limpiarlo no debe estar todavía en condiciones que permitan el tránsito por él. No hay duda de que las compañías que empleasen un capital suficiente para restablecer y mantener la navegabilidad de ese canal obtendrían pingües beneficios al proporcionar a Cartagena los medios de salir de su actual estado de postración en cuanto su comercio encontrase, gracias al vapor, la facilidad de una comunicación rápida y constante

con el Magdalena, al que sus mercancías sólo llegan por caminos malos e impracticables en la época de las lluvias.

Pero es que mientras tanto Barranquilla, situada a 15 leguas aproximadamente, aguas abajo de Barranca, en la orilla izquierda de uno de los brazos mayores del Magdalena, se ha convertido en el centro principal del intercambio del interior con el exterior. Esta ciudad en 1828 no era todavía más que un puebluco de escasos habitantes, y sin industria alguna; pero ha progresado de tal modo en estos últimos años, que en la actualidad cuenta con una población de 10 a 12.000 almas. Las chozas que antes enmarcaban sus calles han desaparecido ahora, y se elevan en su lugar grandes y hermosas casas de piedra o de ladrillo, tanto para almacenes como para viviendas, muchas de ellas de dos pisos y con pórticos o arcadas. Ese rápido progreso de Barranquilla se debe al establecimiento en ella de comerciantes de todas las nacionalidades que han creado una estación y un astillero para la construcción de buques de vapor que, desde la extinción del monopolio que antes tuvo el señor Elbers, se han multiplicado en el río a favor del régimen de competencia. Esta ciudad que hasta el año 1871 se comunicaba con el mar solamente por medio de barcas en los canales de la Ciénaga hasta el puerto de Sabanilla, es hoy el puerto principal del comercio de importación y de exportación de Nueva Granada desde que ha sido comunicada por un ferrocarril con la bahía de Sabanilla. Esa vía férrea de una extensión de 15 millas fue construida por una compañía alemana que obtuvo del gobierno de Bogotá una garantía del 7 por 100 sobre el capital invertido; pero el tráfico que se ha hecho por ese ferrocarril desde 1873 ha dado tan buenos beneficios que el gobierno no ha tenido que desembolsar ni un céntimo por razón de la garantía dada. El movimiento de los transportes, en ese mismo año de 1873, fue de 261.571 fardos importados y de 345.271 exportados.

Después de nuestra detención de un día en Barranca, emprendimos de nuevo al siguiente, 20, la navegación que no debíamos interrumpir ya hasta llegar a Mompox, ciudad situada a 28 o 30 leguas aguas arriba.

Desde que salimos de los pantanos de la Ciénaga, que tienen una extensión de 28 o 30 leguas, el paisaje, al cambiar de

aspecto, se agrandó con horizontes más amplios. El río, a la sazón en lo más fuerte de su crecida, tenía en algunos sitios una anchura de más de un kilómetro, y en otros, su cauce se dividía en diversos brazos que dejaban entre ellos islas cubiertas de bosques; las orillas estaban a veces tan lejos de nosotros que los árboles que las cubrían nos parecían del tamaño de arbustos, pero al aproximarnos, aquella masa de verdura, al recobrar gradualmente sus verdaderas proporciones, se desarrollaba ante los ojos con una magnificencia salvaje y con un desorden encantador que ofrecía todos los contrastes imaginables de forma y de tonalidades, de lozanía y de vejez. Esos contrastes son tanto más notables en las selvas de las regiones tropicales, cuanto que éstas no están integradas como las de Europa por unas cuantas especies de árboles casi uniformes sino llenas de cantidades prodigiosas de plantas pertenecientes a las familias más dispares y sobre las que se abren, mezclándose unas con otras, una variedad infinita de flores tan notables por el brillo de sus colores como por su tamaño. Además, como el interior de esas selvas es impenetrable para el hombre, que únicamente con muchos brazos y empleando el fuego podría abrirse paso para llevar hasta allí la utilidad del trabajo, todas esas plantas al quedar en poder, por decirlo así, exclusivamente de la naturaleza, adquieren, como ya he dicho, dimensiones increíbles. Esto hace que se vieran en las orillas del río árboles cuyos troncos no tendría menos de 8 a 12 pies de diámetro; de esos árboles, cuando sus raíces poco a poco han sido minadas por las aguas del río y sus troncos arrastrados por éste, o cuando pueden con poco esfuerzo ser derribados por el hacha sin requerir después transporte lejos, sirven para construir las canoas de una sola pieza. Entre tantos gigantes del reino vegetal me llenaban de admiración sobre todo el *baobab* y la *ceiba* cuyos troncos son colosales, las *cavanillesias*, las *caobas*, todos de ramaje frondoso, cuyas copas al elevarse a más de 100 pies dominan lo que pudiéramos llamar el primer piso de la vegetación, pero por encima de sus copas sobresalen todavía más los penachos de algunas clases de palmeras, entre otras las llamadas *palmiche* o *palma real* y las palmeras de cera, cuyos troncos, según las medidas suministradas por Humboldt, llegan a alcanzar hasta una altura

de 150 a 180 pies, y se alzan como columnas majestuosas que mecen en el aire sus abanicos de hojas.

De vez en cuando veíamos en medio del río algunos de esos árboles que, arrancados de las orillas y entrelazados o llevando en sus raíces una gran cantidad de tierras limosas, formaban islas flotantes en que los caimanes y las zancudas parecían por su actitud tranquila haberse instalado en ellas para viajar sin fatiga.

Aunque las aldeas por donde pasamos o en las que nos detuvimos todas las noches desde Barranca hasta Mompox, tuviesen poco o ningún interés, no creo que esté por demás, a título informativo sobre su situación que hasta ahora no está muy exactamente indicada en los mapas, dar sus nombres por el orden en que se presentan en el curso de la navegación aguas arriba:

Fueron aquéllas, sucesivamente: Yucal, Buena Vista, Tenerife, Plato, Zambrano, El Purgatorio, Pinto, Santa Ana, San Fernando y San Cerón.

De todos ellos, el pueblo de Tenerife, situado en la orilla izquierda del río, era en tiempo de los españoles una ciudad bastante rica y comercial de la que hoy no quedan más que ruinas y el recuerdo de algunas victorias obtenidas por los ejércitos republicanos sobre los monárquicos durante la guerra de la independencia. Allí fue donde empezaron a distinguirse dos jóvenes oficiales colomblancos, Córdoba y Maza, que conocí después cuando ya eran generales. El primero de éstos, después de haber sido un incondicional de Bolívar, de haberle brillantemente secundado en sinnúmero de combates y de haber contribuido principalmente a ganar la memorable batalla de Ayacucho en el Perú, se puso en 1829 a la cabeza de un movimiento sedicioso y encontró la muerte defendiéndose con un valor digno de mejor causa. El segundo, Maza, de no menor nombradía tanto por la fogosa audacia como por sus crueldades para con los españoles, se dio de tal modo a la bebida, que murió miserablemente de *delirium tremens*. De él me contaron la anécdota siguiente: un día en que en el curso de sus viajes había despachado por delante a su criado con dos piastras, es decir, diez francos, para prepararle la comida en la etapa, éste creyó satisfacer cumplidamente los gustos de su amo invirtiendo en aguardiente tres cuar-



tas partes del dinero que le había dado y el resto en víveres en los que había pan por un valor de 50 céntimos; el general, al llegar, y al ver la distribución que su criado había hecho del dinero la celebró mucho en cuanto se refería a las botellas de aguardiente pero al ver el pan le echó una soflama diciéndole: "Bruto, por qué tanto pan".

Un poco antes de llegar a Santa Ana se pasa ante la desembocadura del río Cauca, el más considerable de los afluentes del Magdalena y que en su largo curso por entre las dos cadenas, la central y la occidental de la cordillera granadina, riega las provincias de Popayán, Buenaventura, Cauca, Medellín, Antioquia y Mompox.

Como tal vez interese a alguno de mis lectores saber cómo nos las arreglábamos para comer a bordo, dada la instalación de que disponíamos y sin tener cocina para guisar, daré algunos detalles sobre el particular.

El hogar consistía en una hoja de hierro batido colocada a popa; en ese fogón formado además con tres piedras para poner encima de ellas la olla, un negrito que habíamos tomado como criado, hacía, alternando con los bogas, sus manipulaciones culinarias. Aunque desde nuestra salida de Santa Marta estuviésemos privados de pan y de carne fresca, la comida no dejaba de ser regular y variada: en primer lugar teníamos pescado en abundancia sin más trabajo que el hacerlo harponear por los bogas cuando pasaban los peces a su alcance, luego conseguíamos con bastante facilidad aves, huevos, legumbres y frutas en las aldeas por donde pasábamos; de vez en cuando lográbamos añadir como extraordinario algún pavo salvaje asado o una especie de pavo real llamado guacharaca; esta caza nos la suministraban algunos tiros afortunados disparados cuando el barco pasaba rozando las orillas cubiertas de bosques; finalmente podíamos recurrir a los platos ya preparados que nos suministraban las cajas de conservas de que estábamos abundantemente provistos y que según su contenido, hacíamos calentar al baño maría. El pan lo sustituíamos con plátanos verdes asados en el rescoldo. Vino no nos faltaba; sólo el vinagre del que también traíamos buena cantidad para aderezar las ensaladas y los fritos llegó a faltarnos, debido a una circunstancia que merece ser relatada:

Una noche en que estalló una tormenta espantosa acompañada de una lluvia torrencial que obligó a los bogas a abandonar el puente, éstos se metieron, a pesar de nuestras protestas, en el entrepuente, obligándonos a refugiarnos en un rincón. Uno de ellos tocó en la oscuridad una damajuana, y supuso que contendría aguardiente del que de vez en cuando les dábamos un poco, la destapó calladito, bebió cuanto pudo y la pasó a otros camaradas y uno después de otro se entregaron a las mismas libaciones hasta que no quedó una sola gota del líquido. Esos desgraciados que al igual de todos sus semejantes tienen el gusto estragado tanto por el excesivo calor como por el uso frecuente que hacen de los alcoholes más fuertes, no se dieron cuenta de que era vinagre y no aguardiente lo que habían bebido.

Claro está que al día siguiente nos dimos cuenta por los cólicos y por las contracciones de algunos de ellos, quiénes eran los que más habían participado en las libaciones furtivas de la noche anterior; durante un buen rato nos divertimos asustándoles al hacerles creer que lo que nos habían hurtado era un veneno para el que casi no había antídoto, pero después de esa broma el bueno del doctor Daste les suministró otros bebedizos que les calmaron rápidamente los dolores, no quedándoles de esa aventura más que el temor, como a los niños, de volver a tocar nuestras damajuanas.